las hojas de su corona de laurel ruidosos cascabeles; jugando con las ideas como un niño con las joyas frágiles, cuyo brillo mira, pero cuyo valor ignora, conserva siempre, allá en el fondo de su corazón, religioso culto a las dos ideas capitales del mundo moral, a la idea de Dios y la idea de la libertad; a manera de esos ángeles de la leyenda que, caídos de la gracia y desterrados al abismo, llevan en la faz eternamente vagos reflejos de su pristina belleza. Y si de esta suerte canta Alemania, ¿cómo cantará la revolucionaria Francia? La voz de la libertad se une a tantas melodiosas voces como llenan el alma de aquel poeta, a quien permitió el cielo calmar con un acento de su voz las pasiones desbordadas de la muchedumbre; y el amor a la libertad abría el pecho de aquel otro poeta que parecía no amar sino los ídolos de un día y no sentir sino la emoción de un momento en la rica variedad de sus asuntos y de sus formas. Pero el Titan de la nueva idea literaria; el que encerró en versículos semejantes a los versículos de Isaías el alma de su siglo, fué, ya lo habéis nombrado, Víctor Hugo. Nacido en Francia, pero educado en esta tierra de las antítesis y de la hipérbole, donde la nativa originalidad del ingenio se ha negado de antiguo, así a las reglas de lo artificioso como a las rutinas de lo convencional, llevóse consigo la sávia del terruño español en las venas, y en la frente el beso indeleble de nuestra luz meridional, y creyendo que cada excelso ingenio representa todo un sistema planetario, y se dicta a sí mismo la ley como un Dios, lanzó grito de guerra contra la tradición de las escuelas y contra el falso aristotelismo de la poesía. La revolución francesa, que lograra destronar la monarquía de Versalles, dejó intacto el infalible, el inefable, el sacro gusto versallés, vencedor y dominador durante siglo y medio en todas las regiones de Europa. Y en aquellos jardines tallados por combinaciones geométricas, donde dioses contrahechos, pálidas sombras de una mitología muerta, se erguían y pavoneaban enfáticamente por todos los ángulos, entró Víctor Hugo con el recuerdo de que aún existían las selvas naturales y los campos feráces poblados de una viva poesía; y por aquellos salones, donde se aglomeraban los cortesanos encerrados en sus casacas y ceñidos con sus gigantescas pelucas empolvadas, deslizóse Víctor Hugo, con el recuerdo de que no lejos de allí bramaban y rugían, como océano encrespado, los pueblos y en el teatro, sujeto a las unidades, como los jardines a la geometría y los cortesanos a la etiqueta, apareció Víctor Hugo con el recuerdo de que en las cimas de la gloria vivían revestidos de la in-

mortalidad, Lope, Shakespeare, Calderón, los cuales no siguieron otros códigos que los cuasi divinos de su celeste inspiración; y con estos sencillos principios, encerrados en versos fulgurantes, fundó la soberana libertad del ingenio y devolvió sus alas a la prisionera poesía. Pertenece pues a nuestro tiempo con mayor derecho que a ningún otro tiempo la lírica de la libertad.

No puede ocultárseme que achacan al siglo muchos de sus naturales enemigos falta de respeto a la historia. Señores, ya que tratamos de los conceptos fundamentales propios de esta edad, no olvidemos que si la idea de la naturaleza y la idea del Estado crecieron desmesuradamente en el espíritu moderno, creció en iguales proporciones también la idea de la historia. Ningún tiempo conoció poeta que anime las ruinas, y evoque los muertos, y recoja las cenizas de los sepulcros, y reciba el pólen de las guirnaldas funerarias, y hable con los fantasmas de los panteones, y muestre las torres y los adarbes dibujados en las indecisas nieblas de los recuerdos, como aquel, en cuyo ser la poesía no es una profesión o un arte, sino la vida toda entera, y que errante de pueblo en pueblo, a guisa de trovador en la Edad Media, y ostentando ante la uniforme sociedad nuestra el natural indócil de su complexión, aviva toda

nuestra historia; en la campiña de Toledo, la tradición del Cristo de la Luz, y en las márgenes del Arlanza, los torreones del castillo de Pampliega; en el corazón popular, el más maldecido y el más amado de los reyes, D. Pedro el Cruel, y en la memoria popular, el más extraño y el más copiado de nuestros tipos, D. Juan Tenorio; en las almas cristianas, el Te-Deum, cantado bajo los muros de Santa Fé por los ejércitos españoles, al ver brillar los rayos del sol naciente en las crestas de las Alpujarras por las argentadas líneas de la cruz erguida sobre las torres Bermejas, y en las almas de nuestros hermanos de Africa, el suspiro lanzado por el proscripto, al pie de las palmeras solitarias en el Oasis, y al eco del simoun resonante en el desierto, por cuyos celajes se ven fantaseadas las aljamas de Córdoba, la Giralda de Sevilla, y la Alhambra de Granada, inspirando a la nostalgia del destierro y a las cuerdas de la guzla desgarradoras lamentaciones en profundas e inmortales elegías: que la voz del poeta es la voz de toda nuestra alma y su inspiración la llama exhalada del centro de nuestra tierra. Las edades idóneas para las leyendas históricas son estas edades llamadas de transición. Aunque el tiempo nunca se detenga en su eterno curso, cuenta la historia siglos de transición, o si queréis, de renovación, distintos de los siglos

en que las instituciones se hallan mucho más seguras sobre sus antiguas bases y las almas mucho más tranquilas sobre sus heredadas creencias. Por ejemplo, son siglos de transición el primero en que pasamos de la república al imperio en Roma; y el quinto en que pasamos del imperio al mundo germánico dirigido por la teocracia romana; y el décimo en que pasamos del feudalismo primitivo, que podríamos llamar semi-teocrático, al feudalismo puramente militar, que podríamos llamar semi-monárquico; y el décimo-quinto en que pasamos del feudalismo militar a las monarquías absolutas; y el décimo-nono, abierto por la revolución francesa, en que pasamos de las monarquías absolutas a las instituciones democráticas. Pues tienen estas edades recuerdos tan vivos de lo pasado juntamente con seguridad tan completa de lo porvenir, que recogen por necesidad en tales afectos motivos bien varios para la poesía histórica. Siglo semejante a este siglo fuera el sexto, anterior a Jesucristo, que oyó pensar a Pitágoras, hablar a Xenophanes, cantar a Anacreonte, al mismo tiempo que la arquitectura se engalanaba con sus Plinthos y sus Volutas en el suelo de Jonia; que la escultura dejaba su rigidez hierática para sujetarse a las proporciones del cuerpo humano; y que la monarquía se iba con Pisistrato

para abrir paso al luminoso enjambre de las repúblicas griegas. Ninguna ciencia creciera en nuestros tiempos como la ciencia histórica. La idea no puede abarcar la distancia existente entre el primer jeroglífico escrito en las paredes de los templos, y nuestra filosofía de la historia, en la cual se reconcentra el conocimiento científico que la humanidad alcanza de su vida en el tiempo. Tales jeroglíficos, interpretados o no, aseméjanse a esas estrellas cuya luz tarda tantos siglos en llegar a nuestros lentes, que se han extinguido quizá para siempre cuando las vemos inmóviles en el espacio. ¡Cuántas metamórfosis en la historia! Anales de las estaciones y de los fenómenos celestes un tiempo; libros teogónicos más tarde, cuando sólo se refería la vida de los dioses personificados en las alimañas de las selvas; cronología descarnada de los muertos en la tierra, de los panteones y de los sepulcros; cántico transmitido por los cantores errantes en los oídos de las generaciones o escena cincelada por los primeros artífices en los escudos de los héroes; tablas de viajes marítimos suspendidas por Sancioniathon de las capillas donde habitaban las divinidades del comercio; mezcla de mitología y de tradición en los logógrafos de las islas griegas, como mezcla de crónica y de teología y de conseja en las obras de los profetas hebreos;

poética en Herodoto, política en Tucidydes, moral en Xenophonte, filosófica en Platón y Aristóteles, crítica en Evehemero, pragmática en Polibio, ecléctica en Alejandría, donde así se deletrean los jeroglíficos egipcios como se traducen los libros santos: romana en aquella Roma que se llamaba el universo de las naciones; universal en Trogo Pompeyo y en Diodoro. Siculo cual una reacción del espíritu humano ya próximo a la conciencia de sí contra el predominio de Roma; triste y decadente en la narración llamada augusta, que historiando la tiranía, anuncia la muerte del mundo antiguo, como la sátira anuncia la muerte del arte clásico; esperanzada, rejuvenecida, progresiva en los primeros escritores cristianos, enlazándose por el recuerdo con la ciudad sacerdotal del Padre, con Jerusalén, y por la esperanza con la ciudad mística del Hijo, con la gloria; rota en mil pedazos, al dividirse el mundo romano en oriental y occidental, y venir sobre esta división los bárbaros, con lo cual toma tres aspectos, bizantino y cortesano en Procopio; teológico y enciclopédico en Teodoro; bárbaro en Jornandez; artificiosa y retórica en los eruditos de Oriente; dura y seca en los cronistas de Occidente; nacional con Froissard, con el arzobispo Rada, con el rey don Alfonso X, por los siglos en que las naciones modernas comienzan a dibujarse bajo la sombra de las monarquías históricas griega en los filósofos del Renacimiento; observadora profundísima del corazón humano y de la humana sociedad, en Maquiavelo; naturalista, en nuestros escritores de Indias, como Oviedo; clásica en Hurtado y en el padre Mariana; social desde la segunda mitad del siglo décimo-séptimo hasta la primera mitad del siglo décimo-octavo, ya explique las leyes de la Providencia con Bossuet, ya las edades de la humanidad con Vico, ya las instituciones con Montesquieu, ya el derecho internacional con Grotio; eminentemente crítica en el siglo décimo-octavo y eminentemente filosófica en nuestro siglo, ha crecido, si cabía que creciera, a nuestros mismos ojos, juntando el principio de la unidad de Dios con el principio de la unidad del hombre; la ley de la realidad lógica en los hechos con el dogma moral de la libertad en los individuos; la creencia que nos inspira la fisiología en nuestro parentesco estrechísimo con todo el Universo y la creencia que nos inspira la filosofía en nuestra redención gradual con los redimidos y por medio de los redentores; todo lo cual ha dado a la historia, engrandecida e iluminada las proporciones y los cortes de una maravillosísima epopeya. Recordaráme algún malicioso que

el siglo, estimado por tan progresivo, se inclina hoy a la idea pesimista con tanta fuerza como a las ideas optimistas se inclinaba hace poco. Levántanse, en efecto, no diré escuelas filosóficas sino genialidades atrabiliarias, que en la tierra ven una sucesión de generaciones sacrificadas, en el amor un equivalente de la muerte, en la cuna el gérmen de todas las penas, en la vida el contínuo suceder de todos los dolores, en el Estado una fuerza opresora, en la sociedad un carnaval perpétuo, en el comercio y las relaciones sociales una cacería sin término y una batalla sin tregua, en las ilusiones engaños y desengaños en las esperanzas; por los horizontes del arte neblinas recamadas de ópalo y grana que solo llueven los oropeles de la mentira; por las cimas de la ciencia espirales de sofismas que solo persuaden a la duda; en el sistema solar y sus planetas otros tantos purgatorios, donde arden almas en pena sin más porvenir que el sueño eterno; en la naturaleza toda una aglomeración de celadas, un cúmulo de engaños, el hambre por incentivo, la envidia y el odio por necesidad, la guerra por ley; siempre la misma tragedia para todos con el mismo desenlace de una última enfermedad, resuelta en una podredumbre horrible; siempre la misma suerte; el no ser alcanzado por el suicidio universal de la humanidad, tristemente hastiada y convencida de que el espacio es vacío y lo único eterno y cierto el perdurable silencio en los pavorosos abismos de la nada. Creo tales ideas desviaciones de la órbita que recorre nuestro tiempo. Júzgolas alarde de mal humor pasajero más bien que expresión de convencimiento profundo. Pásale al espíritu humano como al espíritu individual; todos estos arranques nacen de un minuto y mueren pronto en el conjunto de los seres y de las cosas. Sucede con esta filosofía de la desesperación lo mismo que sucede con el arte realista; no pasa de accidente. Toda filosofía verdadera resulta, al fin y al cabo, idealista, como todo arte se resuelve en ideal. Tras las nubes el cielo azul y bajo los oleajes el mar sereno. Tras los sofismas de un día las verdades eternas. De los sofistas nació Sócrates, y con Sócrates la conciencia anterior y superior al Estado; tras los pesimistas veréis con mayor claridad el albedrío, que busca voluntariamente la más alta moral, aguijoneado por la conciencia libre, y el universo material realizando el bien por necesidad en obediencia a su legislador y en cumplimiento de sus leyes. Entre nosotros tenemos sentado al poeta célebre, que personifica con mayores títulos todas las tendencias pesimistas posibles en esta sociedad nuestra, espiritualista y creyente. Dará

a su poesía por nombre un neologismo tal como Dolora; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y la riqueza de las ideas como por la corrección y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida y hasta cada fenómeno de la naturaleza como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se juntaran o desunieran al conjuro de su albedrío; reirá y llorará según que le hierva la sangre de su corazón en las venas o le amargue el paladar la hiel de su hígado; pero entre tantas innumerables voluntariedades de su musa independiente, veréis cómo conserva siempre el resplandor de su conciencia, y en la conciencia la virtud de una idealidad inextinguible. Griten cuanto quieran los desesperados, la corriente de los progresos contínuos les arrastrará. Como la sabia química de hoy fué alquimia, y la sabia astronomía astrología, nuestro cuerpo estuvo en el limbo de la tierra y nuestra alma en el limbo de la barbarie. Hemos vivido en las cavernas lacustres como el mastodonte y hemos clavado el puñal de piedra en las entrañas de las víctimas para ofrecer ese holocausto a nuestros dioses antropófagos. Y aquí de la leyenda tan sabida en Alemania. Allá en nuestra madriguera, digna de las aves nocturnas, entró la tea de Prometheo, encendida por la chispa

que arrancaba el hierro al pedernal, y la creímos el resplandor y el fuego de la vida, y deseamos poseerla y mirarla eternamente. Y una noche salimos de nuestras cavernas, y a través de la viciosa vegetación, columbramos la luna, y creyéndola el luminar por excelencia, pedimos que nos dejaran vivir y morir en el éxtasis de una eterna contemplación. Y tras la luna, vino el sol, y tras el sol la conciencia, y tras la conciencia la idea, y tras la idea el ideal: que los minerales quieren ser árboles, y los árboles flores, y las flores aves, y las aves cánticos, y los cánticos poesía, y la poesía tipo y el tipo arquetipo; y desde la ola del Océano hasta el latido del corazón, desde la abeja zumbando sobre el cáliz rebosante de miel hasta el arpa despidiendo la nota lanzada a la inmortalidad, todo lo creado busca el origen de su creación, y con átomos, chispas, esencias, aromas, gorgeos, alas, vuelos, inspiraciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las criaturas suspiran por unirse con el eterno amor.

Quien desconozca esta aspiración universal, jamás entrará en el templo henchido de misterios y poblado de oráculos, que inefable para la humana lengua, por denominarse con alguna denominación, aunque sea imperfecta, se denomina arte. El espíritu en la naturaleza sufre algo de la fata-

lidad que en la naturaleza reina. El espíritu en la sociedad, en el Estado, aunque más libre, se halla cohibido por leyes coercitivas, por las leyes sociales, en las que hay también una parte considerable de necesidad. La región luminosa de la libertad empieza en el arte. Esta esfera de nuestra vida espiritual se distingue de las otras esferas en que lleva en sí misma sus leyes y su fin propio. El arte puro no tiene ninguna utilidad, y en esto consiste principalmente su grandeza. El arte, por no obedecer a ninguna ley extraña a él, ni siquiera obedece a las leyes morales; y por no tener ninguna finalidad a él ajena ¡ah! ni siquiera tiene por fin el bien. Lo produce, pero sin voluntad de intentarlo. Ha cumplido toda su esencia cuando ha realizado la hermosura. No se propone lo primero que consigue: despertar puras emociones y desinteresada contemplación. Produce por producir, crea por crear, canta por la necesidad de cantar. ¿Qué le va, señores, a esa ave celestial en regalar o no los oídos, allá por el bosque de ilusiones, donde resuenan sus endechas y habitan sus amores? Pues bien, la idea del arte, como la idea de la naturaleza, como la idea del Estado, como la idea de la historia, también ha crecido en nuestros días. Así como hemos producido la ciencia geológica que ha aumentado nues-

tros conocimientos en la vida y en la historia del planeta, hemos producido la ciencia estética que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del arte. Y cuenta que ninguna de las ideas fundamentales cambia tanto, ni la idea cósmica, ni la idea política, ni la idea religiosa, como la idea artística. Los primeros cristianos veían la sonrisa del demonio en los labios de las estátuas griegas. Algunos, entre los padres de la iglesia, aconsejaban a los artífices que pintasen y esculpiesen feo a Cristo, por ser la hermosura cosa profana y hasta diabólica. En la tierra donde brotaron los dioses del arte, se extendió, al mediar nuestra era, la secta de los iconoclastas, que destruía los simulacros y borraba las efigies. Dos religiones de las que más han cooperado a la educación del género humano, prohibían reproducir ni copiar los seres animados, porque toca en irreverencia dar aspecto de vida a figuras incapacitadas de alcanzar la vida toda entera. Los recuerdos clásicos tienen tal omnipotencia en Italia, que ninguno de los artistas del Renacimiento comprendió la belleza del gótico. Y los artistas de la Edad Media no comprendieron, hasta que el Renacimiento se avecinaba, la corrección y la armonía de los órdenes griegos. El autor de las empresas políticas maldecía del Dante; y el autor del

Cándido llamaba a Shakespeare deforme y bárbaro Un crítico del siglo pasado, como por ejemplo, Moratín, o de principios de este siglo, como por ejemplo, Sismondi, encontrará monstruosos y hasta repugnantes los más sublimes dramas del teatro español. Y un combatiente romántico, demagogo de la revolución literaria del año treinta, verá en las tragedias griegas, talladas por Esquilo y Sófocles, frías estátuas de yeso. El poeta admirador de la antigüedad pasará por el poético Asis de Umbria, y visitará un templo imperial de la decadencia romana, desdeñando el monasterio de San Francisco impregnado de tantas y tan místicas oraciones. Y a pocos pasos de allí, por el crucero de la Porciuncula, artista empeñado en la resurrección de la Edad Media, trazará un fresco en que reproduce adrede la incorrección del dibujo propio de los primeros pintores monásticos, sólo por amor a la arqueología de un tiempo ya extinguido. Nuestro gusto huye de estas sectas intolerantes y condena a estos artistas exclusivos. Nosotros somos en arte, como en historia, mucho más universales y humanos. Como padecemos con todos los oprimidos y admiramos a todos los redentores, tenemos el culto de todas las artes, y por dioses a todos cuantos han hecho bajar del cielo sobre el hombre los resplandores de la hermosura perfecta. No desdeñamos

el poema índico en que rezan las selvas llenas de poesía panteista; ni el apólogo persa en que dialogan el ruiseñor y la rosa a la sombra del ajimez y al amor de la luna reflejada en las aguas del Eufrates. Seguimos el viaje de los argonautas al través de las ondas del Mediterráneo y la peregrinación de los israelitas al través de las arenas del desierto. Cantamos en el coro que celebra, a la voz de Simonides, la rota de los Dários y los Ciros, y en el coro que alaba al Eterno, a la voz de Moisés, en la tierra del Asia y a la vista del Sinaí, por el castigo de los soberbios Faraones. Vamos de puerta en puerta, como el Edipo coloneo apoyado en Antígona, preguntando a los vivos por la causa de nuestro pecado original; y de tumba en tumba, como el Hamlet danés, que acaba de maldecir a Ofelia, preguntando a los muertos por los enigmas de nuestros eternos y silenciosos destinos. Sentimos en nuestras manos el peso de las cadenas y en nuestros hígados el picotazo de los buitres que atormentaban allá en el Cáucaso al Titán de Esquilo, y en nuestra alma el dolor de la servidumbre y la envidia por la libertad del ave, del pez, del arroyo, del bruto que en la España de los embrujados y de los inquisidores sentía el Segismundo de Calderón. Buscamos por Judea el sepulcro de la hija de Jepthé,

por Grecia el sepulcro de la sacrificada Ifigenia, por Verona el sepulcro de la pobre Julietta, llorando con todas las infelices en todos los tiempos las desgracias del amor. Asistimos en espíritu a los juegos pithicos para beber en copa cincelada por Praxiteles agua de Castalia y oir bajo las ramas del laurel de Apolo versos de Píndaro y páginas de Herodoto, mientras los atletas vencedores reciben sus coronas y las vírgenes griegas trenzan sus danzas religiosas en el intercolumnio de templo, tan armonioso como una oda, y en presencia del Dios tan sereno como los horizontes de Grecia. Y luego, a guisa de los pobres penitentes de la Fuerza del Sino, vamos al yermo cubiertos del Sayal, ceñidos del cilicio, a enterrar en la soledad de un corazón desgarrado, a macerar en la penitencia un cuerpo dolorido; y nos abrazamos a la cruz de piedra, que indica la entrada en los retiros del Señor; y nos conmovemos al eco de la campana, que así convoca a los vivos como plañe a los muertos; y acudimos a la sombra de la torre y de la ogiva y del ciprés, y como las cigüeñas, fabricamos en las agujas de las capillas o en las linternas de los panteones nidos de abrojos para nuestra alma desengañada; y oyendo y entonando el Miserere de todas las penitencias, cavamos con el azadón nuestra sepultura, no

tanto para tener un hoyo en la tierra, como para recordar a las fuerzas devastadoras de la naturaleza que todavía existimos, y para pedir al ángel de la muerte que no disperse con sus alas nuestro cuerpo como un montón de cenizas y nos deje en suelo cubierto por la yerba de los campos y humedecido por el rocío de los cielos aguardar en el sueño eterno la misericordia divina que se apiade de nosotros y perdone nuestro errores y nuestras culpas en la hora apocalíptica del último juicio. Sí, pertenecemos a todas las artes y a todas las literaturas, con tal que broten de una fé sincera, de una inspiración sencilla e ingénua, y no representen restauraciones literarias ideadas con fines interesados y políticos, ajenos a la pura inspiración del arte. Somos como aquellos artistas del renacimiento que entre los precursores de Cristo ponían a San Juan y a Virgilio; entre los doctores a Platón ceñido de aureola tan sagrada como la aureola de San Agustín o San Jerónimo; entre los patriarcas dormidos en el seno de Abraham a los antiguos moralistas; bajo el ara donde se celebraban los incruentos sacrificios de nuestra religión los bajos relieves donde se veían la ninfa y el fáuno ébrios con la embriaguez de una vida exuberante; junto a la hermenéutica evangélica el mitho de Psiquis encerrado como una alegoría de

la inmortalidad del alma; y por las bóvedas de la capilla Sixtina y por los altares de Santa María de la Pace los oráculos de Delfos, representados por las Sibilas, y las profecías del Jordán y del Eufrates, representadas por los Profetas, como para decir que el Océano de nuestra vida espiritual se formó con los cuatro ríos de ideas que fluyen de Jerusalén, de Atenas, de Roma y de Alejandría. Hace pocos meses visitaba yo la catedral de Burgos, y estudiando su coro, encontréme en la misma silla arzobispal, vajo un relieve que representaba mística escena, otro relieve que representaba el robo de Europa por Júpiter convertido en toro, y parecióme descubrir toda la historia del Renacimiento. Igual universalidad tiene nuestro arte. No excluimos, por ejemplo, en arquitectura el gótico, cual los clásicos franceses del siglo pasado; ni el griego, cual los románticos alemanes del siglo corriente. Admiramos todas las arquitecturas admirables. Y como decía el eterno oráculo de idealismo, en este sentimiento de admiración creemos tener el principio de nuestra ciencia. Llevad a un hombre de otro siglo a estos tres sitios; a las ruinas de Poesthum, a la Alhambra de Granada, a la catedral de Toledo, que representan el mundo oriental, el mundo griego, el mundo cristiano y desconocerá completamente algunas de estas tres

maravillas. Nosotros, por lo contrario, las sentimos y las comprendemos todas. Aún recuerdo la tarde en que yo vi las ruinas de Poesthun. Acababa de recorrer desde el cabo Miseno al Cabo Minerva, y acababa de contemplar el Vesubio humeando en medio de la campiña partenepoa con su cintura de ciudades bulliciosas y de ruinas yertas; las islas griegas engarzadas en espumas y ceñidas de templos; los escollos cubiertos de arreboles donde todavía habita Circe y el mar donde todavía cantan las Sirenas; y creí que no era dado ni a la naturaleza ni a la historia ofrecer más hermosos cuadros. Pero no contaba con el sublime cementerio, donde yace insepulta la antigua ciudad griega. La bahía de Salerdo se ostenta a los ojos; en el lejano horizonte las montañas de los Abruzos elevan sus crestas y sus cúspides tachonadas de nieve; por todos aquellos campos, donde crecieron las rosas que el romano deshojaba en sus orgías y el poeta celebraba en sus versos, la soledad y el silencio, bosques de helechos nutridos por aguas pantanosas exhalan fiebres mortales; vapores mefíticos condensados de maneras diversas, extienden por aquel luminoso cielo nubecillas de colores tan rojos que las tomaríais por evaporaciones de sangre; en el campo desierto algún búfalo y en el aire silencioso algún cuervo; entre pilastras rotas,

zócalos deshechos, plinthos caídos, el severo templo de Neptuno con sus columnas dóricas y su frontón triangular, empapado todo él en tales rosáceos matices, que parece hecho con rayos de la aurora; y al través de sus intercolumnios, tras las plantas verdosas y las arenas áureas, el mar azul, cuyas olas se quejan blandamente como si lloraran en lamentaciones sin fin la ruina de la ciudad helénica y la muerte de los marinos dioses. Pasad de estas ruinas silenciosas a la abandonada Alhambra, y veréis cuán diversa, pero también, si es permitido hablar de esta suerte, cuán hermosa hermosura. En el patio de mármol la alberca de cristal; junto a las grecas de mirtos y arrayanes los surtidores de bullidoras aguas sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata, el alhamí provocando a los sueños de la sensualidad con sus celosías, el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías las columnas airosas sustentando los arcos adornados de ligeras alharacas que parecen mecerse al soplo de las áuras embalsamadas de azahar; tras el mirador los naranjales enlazados con las palmas y los jazmines con las adelfas; en las techumbres las estalactitas de mil colores cuyas agujas se idealizan al través

de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño las estrellas abiertas por la bóveda y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacen y las lavas de las crestas de Sierra Elvira, los romances que comunican a los aires del Darro y el Genil las contínuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual e inextinguible alegría. Volad desde el jardín de los adarbes a la catedral de Toledo en alas del pensamiento, y de una ojeada abrazaréis toda nuestra historia. El consistorio enfrente para que la iglesia bendiga la libertad; el mercado al término de las colosales paredes de la izquierda para que a la sombra de la iglesia se cobijen los contratos; la posada de las Hermandades tras el ábside, a fin de que a la iglesia miren los soldados en sus salidas y entradas; las viviendas de los nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas a la iglesia que consagre sus tradiciones y salve sus privilegios, ante todo el monumento la torre, guiando con sus agujas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen, de muchas leguas, a los fieles, como un faro espiritual que luciese y hablase al mismo tiempo; desde la

puerta de la Feria a la puerta de los Leones, pasando por la portada mayor, tres siglos que véis en las primeras esculturas apenas salidas de su pesado cendal bizantino, y en las últimas, vencedoras de la rigidez antigua, las armonías del Renacimiento; por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones, por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros, a la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan nuestras grandezas y nuestros dolores, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, desde los campos de Calatañazor hasta los campos de Montiel, desde la nube de gloria en que va envuelto el cardenal Mendoza que se alzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento y comienzo del Nuevo mundo hasta la nube de ignominia en que va envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves todos los cambiantes de la luz apropiados a todos los deliquios de la religión, así las tinieblas donde oculta sus remordimientos la penitencia, como los iris en que tiñe sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto a la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la unidad absoluta, y tras los

arcos los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios; en el coro las dos legiones de estátuas cinceladas en competencia por Felipe Borgoñes y Alonso Berruguete, como escapadas de los templos paganos a rendir homenaje a la universalidad religiosa del templo católico; en la capilla mayor los arzobispos que duermen y los arcángeles que velan, los doctores que leen sus libros de piedra y los mártires que agitan sus palmas de combate, las vírgenes coronadas de estrellas que os miran sobre nubes etéreas y los bienaventurados que repiten eternas letanías, los pajes que custodian las sepulturas y los serafines que entonan un Te-Deum inextinguible con voces angélicas; en este lado el bautizo, en otro el matrimonio, más lejos el entierro; por aquí los peregrinos religiosos de rodillas, por allí los peregrinos artistas estáticos; en los días de solemnidad, el pueblo que ya reza o ya canta, la salmodia de los sacerdotes mozárabes estrellándose en los alicatados de los alarifes mudéjares, las procesiones del cabildo en que lucen las capas pluviales con los relicarios de pedrería; y al eco del órgano, entre las nubes del incienso acompañadas por los

salmos, sobre la gradería cubierta de brocados, al pie del retablo lleno de figuras místicas que parecen personificaciones varias de la oración, la misa, que así como transforma el pan ázimo en ser divino por las palabras sacramentales de la consagración, transforma en ideas las piedras, por donde las almas suben, como por invisible escala sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un día, a saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor. ¡Feliz edad la nuestra, que nos consiente comprender en toda su exactitud y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! ¡Feliz edad que ha llegado a tan sublime poesía!

Al espíritu no le basta con el arte, y subiendo en la escala mística suspensa entre lo finito y lo infinito, llega necesariamente a la religión. Vivimos la vida material en la naturaleza y otra vida superior en la sociedad, que abraza la familia y el Estado. En el arte predomina la sensibilidad, en la religión la fe, en la ciencia el pensamiento. Y como al principio de esta serie de ascensiones se encuentra la más grosera materia, se encuentra al término la más pura idealidad. Yo declaro, pues, que así como creo superior el concepto de la naturaleza y del

Estado y del arte en nuestro tiempo al concepto que tenían los siglos anteriores, creo superior también el concepto de la religión. Por temerarias tomarán muchos estas afirmaciones mías, tratándose de una edad que ha visto surgir sistema, seguido de muchas gentes, en el cual se prescinde por completo de la religión como de cosa innecesaria y baladí. Mas, yo os pregunto: ¿creéis privativa del siglo nuestro esta enfermedad del ateismo? ¿Creéis que no la han sentido y no la han pasado muchos hombres superiores en otros siglos también? No es la centuria corriente la única que haya tenido entendimientos extraviados hasta el extremo de querer arrancar al cerebro el espíritu y al cielo Dios. Desde los albores de la ciencia hasta nuestros días, el materialismo ha existido, como desde los albores de la primer mañana del mundo hasta nuestros días han existido las sombras. No está en nuestras manos la extirpación del error, ni la extirpación del mal; porque ambos a dos son congénitos a la naturaleza humana. Pero consolémonos pensando que también radican en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, las incontrastables aspiraciones religiosas. La idealidad, que no vemos sino con los ojos del alma, es tan verdadera como la realidad misma. Mientras exista en el cielo y en la tierra un misterio impenetrable que nin-